

# La Novela de Hoy

30  
ctm.



## LA HORA BUENA

POR  
EL CABALLERO AUDAZ

PENAGO  
XXIII





# La Novela de Noche

SÉRIE QUINCENAL

---

Próximamente aparecerá la colección de novelas galantes más sugestivas y más selecta que se ha editado en España.

Obras de "El Caballero Audaz",  
Emilio Carrère, Alberto Insúa,  
::: Eduardo Zamacois, :::  
Joaquín Belda, Artemio Precioso.  
Alvaro Retana, López de Haro,  
::: Valero Martín y otros. :::

Ilustraciones de

Ribas, Penagos y Demetrio.

Cada tomo contendrá una novela rigurosamente original e inédita, de 120 a 150 páginas, con magnífica portada en colores y numerosos dibujos intercalados en el texto. :::

---

**Precio: UNA peseta volumen**

**LEA USTED  
MUCHAS GRACIAS**

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: **ARTEMIO PRECIOSO**

**MUCHAS GRACIAS**

es el periódico más ameno y más leído de España.

**MUCHAS GRACIAS**

cultiva en sus páginas todos los matices de la sátira.

**REDACTORES Y COLABORADORES**

*Julio Camba, Muñoz Seca, Luis de Tapia, Juan Pérez Zúñiga, Eduardo Zamacois, «El Caballero Audaz», Alberto Insúa, Emilio Carrère, Joaquín Belda, Fernando Luque, «Juan Ferragut», Fernando Mora, Alfonso Vidal y Planas, Mariano Benlliure, «Kurro Kastañares», Mariano Tomás y otros.*

**DIBUJANTES**

*Ribas, Tovar, «Sirio», «K. Hito», Robledano, Penagos, Díaz Antón, Baldrich, Ochoa, «Demetrio», Pellicer, Linaje, Garrido, Bellón, Bon, Alonso y otros.*

**MUCHAS GRACIAS**

justifica su título, y su precio es el de

**TREINTA CENTIMOS EJEMPLAR**

# LA NOVELA DE HOY

DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas: Mendizábal, 42.—Teléfono 24-53 J.—Apartado 473.

---

Año III || Madrid, 14 Marzo de 1924 || Núm. 96

---

## LA HORA BUENA

NOVELA POR

“EL CABALLERO AUDAZ”

Ilustraciones de PENAGOS



MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.

1924

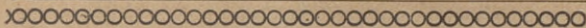
Muy importante.

# AL PÚBLICO

Por exigencias imperiosas de la competencia editorial, nos vemos obligados—no sin dolor—a comunicar al público que LA VIEJA IZERGUIL, novela de MAXIMO GORKI, publicada como INÉDITA por LA NOVELA SEMANAL, está editada, escrupulosamente traducida al castellano, desde hace años, por la Casa Luis Tasso, de Barcelona—según ejemplar que tenemos a la vista—y por la editorial Maucci.

Nada hubiéramos dicho si nuestro colega no hubiese pretendido edificar su nuevo edificio sobre el cimiento de la conocidísima novela de GORKI, como estruendosamente y con inexactas declaraciones ha venido anunciando LA NOVELA SEMANAL.

Conste, pues, que LA VIEJA IZERGUIL, no sólo no es inédita, sino que hace años es conocida de los lectores del gran escritor ruso.



## A MANERA DE PRÓLOGO

---

Una amena charla con "El Caballero Audaz".

—*Siéntate aquí, a mi lado, y hablaremos cuanto tú quieras y lo que gustes, querido Artemio—me dijo El Caballero Audaz haciéndome un sitio entre él y el mago-maestro de la pintura Julio Romero de Torres...*

*Acepté.*

*Estábamos en el coquetón café de Savoia, cuyas escalinatas y artonados de madera nos daban la sensación de encontrarnos en el elegante bar de un gran transatlántico.*

*Las puertas que lo comunican con el vestíbulo del teatro de Apolo abríanse incesantemente, dando paso a las bellas artistas que trabajan en este teatro. Todas amigas, encantadoras camaradas, tenían una sonrisa grata o una frase cariñosa para nuestra tertulia, en la*



cual se destacaban, exorno magnífico, flores humanas perfumadas y resplandecientes: Rosita Rodrigo, con su bellissimo e inquietante perfil de medalla; rutilaban los ojos, magníficamente soñadores, de María Caballé, y había un resplandor de vida inquieta en las extrañas pupilas color de uva, siempre interrogantes, de Sarita...

El tul azulino y aromado del humo de los egipcios daba más distinción al ambiente mundano del café...

Apenas nos acomodamos, El Caballero Audaz sacó su bruñida pitillera de oro y me ofreció un cigarrillo, al mismo tiempo que decía sonriendo:

—¿Quieres envenenarte con una cápsula de estas?

Acepté, y mientras encendía el Capstan de rubio tabaco, observaba atentamente al joven escritor, maestro indiscutible de la novela española, al triunfador en las luchas a que quiso llevarlo la vida...

Nadie diría, mirándole, que José María Carretero ha batallado tanto en su existencia, que aún está en plena juventud... Las horas de trabajo febril y de pelea dura, las inquietudes, la enorme labor creadora, el esfuerzo de vencer tantos obstáculos, no parecen haber dejado huella en él... En sus ojos hay el mirar limpio y tranquilo del que aún no conociera todos los calvarios y las tristezas de la vida, sus crueles intrigas, sus

fuertes empeños... Su gesto tiene la amplitud acogedora del que, habituado a desafiar el riesgo, dueño de sí, sabe no desconfiar de nada...

Observándole, vino a mi memoria una frase que había escuchado aquella tarde en los labios tentadores de una bella mujer:

—Viendo a El Caballero Audaz, experimento la sensación de que estoy ante un personaje de sus novelas.

Y es certera la observación. Enérgico, galante, dueño de sí, con mundana elegancia y la franqueza amable del que encuentra la frase justa y el gesto oportuno, José Mari parece uno de los protagonistas de esos libros suyos tan llenos de humana emoción...

Yo le observaba ratificando el juicio oído... El gran novelista, cuando no sonríe a su interlocutor, observa y medita... Es tan espontánea y noblemente sincera la expresión de su semblante que un observador, a distancia, podría acertar el estado de su espíritu.

Cuando la conversación le es grata, sonríe el escritor con una sonrisa cariñosa que le infantiliza, contrastando con su apariencia de gigante... Sobre todas las cosas, hay en los ojos verdes de José Mari esa mundana expresión de cansancio, de amable indiferencia,

que tienen los hombres que han vivido muy intensamente y que aciertan a hablar—sobre todo a las mujeres—en ese tono medio de voz sugeridor que las invita a la confidencia...

Tenía una inquietud que desvanecer cerca del gran amigo, y me apresuré a manifestársela:

—Escucha, José Mari. Con motivo de una interviú contigo, publicada en Heraldo de Madrid, se ha dicho que entre tú y yo existía disgusto. Sin duda se fundaban en que la alusión que me hacías allí era seca, sin adjetivo afectuoso alguno. ¿Interpretaron bien tu pensamiento y tus palabras?...

—No, Artemio: ni bien, ni mal. Mira: yo accedí a celebrar aquella interviú, porque se invocó el título del Heraldo de Madrid, que es el diario de todos mis afectos, y el nombre del maestro Rocamora, tan querido desde mi infancia. Pero tuve la desgracia de que el pobre diablo que fué a hablar conmigo a Renacimiento estaba tan aturdido, que no creo ni que me escuchara... Tropezaba con las sillas, pisaba el sombrero, trataba de quitarse la americana, creyendo que era el gabán... ¡Un horror!... Ahora, referente a ti, ¿en qué tono iba a hablar?; mis amigos son siempre lo primero y lo más halagador que hay para mí... Tú eres

un amigo leal mío, y solamente un cretino puede tergiversar un juicio cordial mío. Esto, sin contar con que para expresarte mi afecto no necesitaba yo intermediarios...

—Gracias, José Mari—dije sinceramente, cautivado por las frases leales del novelista.

—No..., escucha; escribir mejor o peor en estos tiempos, tiene menos importancia que ser un hombre honrado y un amigo bueno y sincero... Tú eres de esos pocos, y... ¡basta!

—Entonces, ¿aquella interviú no respondía a tu pensamiento?...

—Pero, Artemio, ¡por favor!... ¿Tú me crees a mí capaz de decir que la forma y el estilo no son nada en el Arte?... ¿Y tan poco galante como para asegurar que desdeño y doy calabazas a las damas que me escriben?... ¿Ni tan majadero como para hablar de los miles de duros que me producen los libros?

—No—negué rotundamente, conociendo bien la psicología de Carretero—; por eso me extrañó. ¿Era quizá enemigo tuyo?...

—No tanto... Yo no considero enemigo mío a cualquiera... Lo que ocurría es que el pobre diablo venía lanzado y obedecía inspiraciones de alguien que todos conocemos.

—¿De quién?... ¿De?...—inquirí sospechando el origen de todo.

—De un personajillo amanerado y fofo, que anda por ahí intrigando siempre; que es cónsul, y no quiere serlo, y escritor, y no puede... Tú le conoces de sobra, y... yo también. Cuando yo dirigí Nuevo Mundo, de acuerdo con Zavala, Verdugo y Campúa, a raíz de la catástrofe de Annual se le retiró la colaboración en Prensa Gráfica. ¿Sabes por qué?... Porque recibimos todos los directores infinidad de cartas de entidades españolas prestigiosas de Cuba, protestando contra la campaña infame que el tal escritor hacía en periódicos de aquella isla desprestigiando al Ejército y al pueblo español...

—Pero ¿es posible?—exclamé rojo de ira...

—Absolutamente histórico, y, aunque basta que yo lo diga, toda la documentación de este asunto obra en mi poder y seguramente en el de Prensa Gráfica... Y, la verdad, yo no podía amparar a un miserable que pagaba la hospitalidad que aquí recibía diciendo que éramos una raza de cobardes... Pero dejemos esto, que tiene mucho de desagradable; sobre todo el que aún se deje circular a ese hombre por España...

Hubo una pausa. El Caballero Audaz encendió

otro cigarrillo... Después paladeó la copa del coñac. Yo reanudé el interrogatorio, que iba siendo cada vez más interesante.

—Y dime, José Mari: ¿cuáles crees que serán los novelistas de más público—en novelas grandes—dentro de unos años?...

—Chico, me sometes a una prueba profética demasiado arriesgada. Además, ¿quién soy yo para decirlo?... De los jóvenes, los que parecen reunir más condiciones todavía no han conseguido liberarse de la labor periodística, y apenas han hecho libros grandes... El que más, sólo ha cultivado novelas cortas... Sin embargo, para los que estamos en el secreto, sabemos que hay desparramada por las redacciones, haciendo crónicas y cuentos, una hornada muy interesante de escritores que, cuando aprieten en serio, compondrán una generación fuerte.

—¿Tienes muchos amigos de verdad? ¿Aumentan o disminuyen tus enemigos?...

Hizo un gesto de indiferencia... Después...

—¡Qué sé yo!... Creo que mis enemigos, desgraciadamente, disminuyen o, por lo menos, se cansan de esa postura...

—¿Desgraciadamente?...

—Sí, Artemio; porque el acoso de rencores le dan emoción a la vida... ¡La enemistad acompaña mucho!

Sonrióse. Después, ante mi gesto interrogador, continuó:

—Aunque, en realidad, lo que yo creo es que ya no es de buen tono, ni está de moda hablar mal de mí... Al público sano le enoja esta tenaz murmuración injustificada, que el tiempo y la verdad le han hecho perder crédito... Recientemente he tenido pruebas de este buen criterio del público: con motivo del éxito en Barcelona de mi película *La Sin Ventura*, se desataron las discusiones en los periódicos de la bella capital...; y entonces se dió el raro caso que una noche, al entrar en La Granja Royal con varios amigos, el público allí congregado me tributó un homenaje de aplausos... ¿Me ovacionaban a mí por el film? No... ¡Si yo ni dirigí ni tuve parte en la adaptación de mi novela al cinematógrafo! Aquel noble público protestaba sencillamente contra la ciega obstinación de los envidiosos y fracasados...

—¿Y en Valencia?...

—Valencia es una ciudad de ensueño, y sus gentes tienen el corazón a flor de las pupilas... No se desvían con facilidad los afectos de un valenciano...

—Creo que te ovacionaron mucho...

—Sí; varias noches, en el teatro, con verdadero cariño... Pero lo más curioso era la cantidad de cartas que recibía en el hotel demandando mi autógrafo... Yo he de corresponder a esta extremada hidalguía de los valencianos.

—¿Cómo?...

—Estrenando en Valencia, antes que en ninguna parte, la próxima película mía que venga a España.

—¿Cuándo te marchas a París?

—En estos días... Me están esperando desde hace tiempo para que dirija la impresión de nuevas películas mías: La bien pagada; otra que interpretarán los artistas del Folies Bergéres, para el que he hecho una novela, y El jefe político, que será seguramente un gran éxito en España, porque ya escribí esta novela pensando en la "pantalla".

—Y La Sin Ventura, ¿te produce mucho?...

—¡Todavía!... Hasta ahora, en todos los sitios en donde se presenta bate el record de proyección... Yo creo que en Europa será el film que más produzca este año... Te repito que en esto no entra mi vanidad, pues yo no trabajo en mi película.

—Y de novelas..., ¿qué preparas?...



—Debe estar a punto de salir Los desterrados, hecha en esta etapa en que la política europea está un poco revuelta y turbia...

—¿Luego es una novela política?

—No: es un alma de mujer, a cuyo calor se encienden pasiones políticas y revolucionarias. Después, en París, si consigo tener tiempo para ello, escribiré una novela que le ofrecí a mi editor francés monsieur Flammarion, cuya acción se desarrollará paralelamente en Madrid y París, y que lleva el título de La ciudad de los brazos abiertos... ¡Ah! Antes he de hacer ese encargo que tengo, para adaptarla en seguida al cinematógrafo.

—¿Cómo se titulará?...

—Creo que La tragedia de Folies Bergères...

—¿Trabajas mucho?...

—Sí; para retirarme pronto.

—¿Cómo para retirarte pronto?—le pregunté sorprendido.

—Ese es mi propósito—repuso firmísimo—. Tengo el proyecto de ir América—América latina y Norteamérica—, llevando yo mismo mis películas. Aunque he tenido ofrecimientos tentadores, no he querido vender La Sin Ventura para allí, porque deseo ser

yo portador de ella... Empezaré por Cuba, que me atrae extraordinariamente... De la estancia mía en las Repúblicas americanas pienso sacar una novela y dos o tres tomos de interviús, con lo cual pongo punto a mi labor literaria y no vuelvo a escribir ni una cuartilla...

—Pero ¿eso será para largo?

—En los dos años próximos espero haberlo realizado todo...

Se generalizó la charla...

—Oye, maestríto—le dijo Romero de Torres al Caballero Audaz—, le estoy haciendo un retrato a Artemio.

—Será una obra de arte más.

Los ojos de sultana de Rosita Rodrigo miraban con deliciosa ingenuidad...

Artemio Preciso

# Editorial ATLÁNTIDA

Calle de Mendizábal, número 42. 1. MADRID

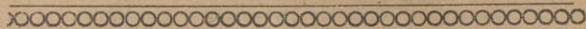
## OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

- «La procesión de los días», novela (tercera edición).
- «*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
- «Ha entrado un ladrón», novela (quinta edición).
- «Silencio», novela (segunda edición).
- «Las gafas del Diablo» (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
- «El espejo irónico», ensayos humorísticos (segunda edición).
- «Acotaciones de un oyente», impresiones parlamentarias» (segunda edición).
- «Tragedias de la vida vulgar», cuentos (segunda edición).
- «El secreto de Barba Azul», novela últimamente publicada.

### EN PREPARACIÓN

- «Visiones de neurastenia».

**Cinco pesetas cada volumen.**



# La hora buena.

---

## I

En torno a la mesa donde jugaba mi amigo lord Enrique Hamilton se había congregado la mayor parte del público que llenaba la sala suntuosa del gran Kursaal.

Un público heterogéneo y cosmopolita, en el que se mezclaban la gran dama española y la cocota parisién, que la emigración elegante del veraneo habían lanzado sobre San Sebastián, se arremolinaba, bordeando la mesa donde lord Hamilton, con sus cabellos grises, sus ojos color de ajeno, su rostro rasurado de "gentleman" y su indiferencia elegante de príncipe que se aburre, desafiaba a la suerte, pareciendo adivinar una vez y otra, con la fría mirada

de sus pupilas turbias, el secreto de suerte que arras-  
traba en su vertiginoso rodar la bolita diabólica de  
la ruleta.



Mi amigo amontonaba ante sí, en ringlas gemelas,  
las grandes fichas de nácar.

Su mano diestra, pálida y descarnada, en cuyo  
dedo medio centelleaba la humana púrpura de un

enorme rubí, apilaba las placas rojas y blancas, y antes de cada jugada, semejante al ala de un murciélago desmembrado, aquella mano parecía revolotear sobre la red que fingía el cuadro de números estampados en el tapete verde, para posarse en uno de sus casilleros... Y, como un ave agorera de aquelarre, aquella mano pálida, garra lívida de la suerte, acertaba siempre en sus puestas...

Estaba mi amigo en uno de esos trances que los jugadores llaman "racha", y que tal vez no es sino un estado hiperestésico de la voluntad, en que el espíritu, sobreponiéndose a la materia, adquiere el don sobrenatural de la clarividencia.

La suerte de lord Hamilton llegaba a ser irritante: algo así como una burla y una dominación de la Fatalidad, tan certera e infalible, que, por excesiva, invitaba a contradecirla. Prueba de ello que todos los demás jugadores, como identificados en un espíritu de protesta contra la injusticia de aquel acierto continuo, apuntaban números distintos a los de lord Hamilton, y perdían de un modo infalible.

Era como un complot tácito, una colectiva rebeldía, en que más que el dinero parecía que los restantes jugadores empeñaban su vanidad en llevar la

contraria al ganancioso y vencer—como si de una personal pugna se tratara—aquel aluvión inexorable de fortuna.

Contagiado yo también del empeño de disputa que flotaba en el ambiente, y por no caer en la tentación—que de antemano sabía absurda—de jugar en contra de mi amigo, abandoné la sala y salí a la terraza del Casino.

Tomé asiento ante una mesa en el ángulo más apartado del bullicio y pedí un “pernaud”.

Quedé un lapso de tiempo extasiado, como sumergido en la maravilla amable de la noche estival, en cuyo cielo, de un intenso azul de terciopelo, miríadas de estrellas encendían sus luces temblorosas y doradas.

Del Casino venía un armonioso eco de músicas lánguidas o vibrantes, cadencias sutiles o vaporosas, a cuyo compás se adivinaba la dejadez voluptuosa con que las parejas se entregarían al baile.

Olía el aire a yodo de resaca marina, y esta fragancia, acre y salobre, parecía excitar los sentidos como un acicate afrodisíaco...

Al pie de la terraza acompasaba todos los ruidos mundanos la magnífica cadencia del mar, que, ru-

giendo su eterna sinfonía, se estrellaba en los acantilados con chasquidos secos y metálicos, o se deslizaba, adormeciéndose dulcemente sobre las arenas de la playa...

En el horizonte, sobre el manto de negruras profundas, el cielo y el mar se confundían. Y a lo lejos, la vista no discernía las perspectivas y todo parecía igual, hasta el punto de que no podía distinguirse si las luces parpadeantes de los faros lejanos eran o no, una de tantas estrellas que guiñaban en el cielo constelado del nocturno.

Poco rato llevaba abstraído en mi contemplación, cuando apareció ante mí la figura de lord Hamilton. Tan serena, tan indiferente era la expresión de su rostro, que hube de preguntarle:

—¿Qué? ¿Cómo ha terminado usted?

—Bien—respondió, mientras se sentaba en una butaca junto a la mía—. Aunque en las últimas botellas perdí bastante, todavía he ganado ocho mil luisas...

—¡Buen pellizco!—acogí sonriendo.

Acercóse solícito el camarero, y lord Hamilton me dijo en tono de leve reproche:

—Por cierto que me ha extrañado su ausencia.



¿Por qué ha desaparecido usted de la sala de juego?

—Porque—le repuse—su suerte de usted era tan inexorable, que yo llegué a sentir, como todo el mundo, la tentación de irle en contra. Pero comprendí que estaba usted en su “hora buena” y no he querido turbársela...

—¿Usted cree?—insinuó.

—Sí—corroboré—. Es un sistema mío. Sé que la vida está para todos, lo mismo en el juego, que en el amor, que en la lucha, tan llena de horas malas, que una buena es una cosa rara, inaudita y única... Por eso creo que la mejor prueba de estimación que puede dársele a un amigo, es dejarle disfrutar, solo y libre, de esa “hora buena” de su vida, que quizá sea la única...

Quedóse extrañamente sorprendido lord Hamilton. Bebió un sorbo de su “whisky” y, después de meditar un breve espacio, me dijo:

—Tiene usted razón. Eso que usted me dice tan espontáneamente, me ha costado a mí, para saberlo, mucho tiempo. Tanto, que por no conocer esa verdad, he sido imprudente y he estado a punto de ser ingrato con la persona a quien debía el favor más grande de mi vida...

—¿De veras? ¡Es curioso!—acogí intrigado, tanto por la rareza del caso como por lo extraño que me parecía ver, por primera vez, hablar en tono conmovido a un hombre habitualmente tan reposado y frío como mi amigo.

—Sí—ratificó lord Hamilton—. Esta lección de filosofía me la dejó la aventura más peligrosa e interesante de mi vida.

—Me gustaría conocerla, si no es indiscreción—insinué ávido.

—Con mucho gusto se la contaré a usted—acogió con su fina cortesía mi amigo.

Pedimos que nos llenaran nuevamente las copas, y con voz lenta, bajo la maravilla de la noche estival, que tendía sobre nosotros su manto de terciopelo azul, enguarnaldado de joyas fulgurantes, lord Hamilton me fué contando su rara aventura...

---

---

## II

—Tenía yo veinte años—empezó diciéndome— cuando, después de haber cursado mis estudios de piloto, salí de Inglaterra para mi primer viaje largo, a bordo de un crucero de guerra. Usted sabe que en nuestra aristocracia es casi obligada la carrera de marino. La tradición de Inglaterra, su historia gloriosa, hacen que los hijos de las mejores familias consideren como una honra prestar sus servicios en lo que es instrumento y arma del inmenso poder del Imperio. Yo, aunque la gran fortuna paterna, mi dignidad de lord y las circunstancias de ser único hijo y heredero podían permitirme la vida del “gentleman” ocioso y deportista, ingresé en la Marina, no tanto, dicho sea en verdad, por rendir culto a la costumbre, como impulsado por la tentación de mudanza y por la atracción de la variedad, que han sido



PENAGOI  
XXIII

siempre las características de mi espíritu aventurero y errante. Yo me eduqué en el seno de mi familia, personas de rectos principios y de puritanas costumbres, que todo lo sacrificaban al buen tono y a las rigideces de una etiqueta que regía hasta en los actos más íntimos del hogar.

Esta condición y la de ser yo hijo único, y con el que, por consiguiente, extremaban todos los cuidados, me habían hecho vivir hasta los veinte años en un régimen riguroso de educación, contra el que se rebelaban los ímpetus de mi mocedad y mi nativa inclinación a todo lo que, por salirse de los cauces normales, podía constituir una aventura...

Por esto mi ingreso en la Marina de guerra—con sus perspectivas de libertad, de ausencia y correrías por el mundo—fué para mí como la realización de un sueño magnífico. Yo tenía ansias de verlo todo y de recorrerlo todo; de desfogar los anhelos, los deseos y la curiosidad de mis veinte años, ávidos de todos los goces y de todos los misterios...

Los veinte primeros meses de viaje fueron el desbordamiento triunfal de mis energías mozas. Saboreé el encanto de la vida del mar, la monótona placidez subyugante de las largas travesías, cuando muchas

auroras seguidas nos sorprenden sin otra perspectiva que la inmensidad verde del agua que nos rodea y que parece reflejar y prestar su tonalidad al mismo cielo... Mis ímpetus románticos, un sedimento de melancolía y cierta propensión a la vida interior que había en mí, se me desarrollaron y agudizaron en las interminables cruzadas por los abismos ignotos de los mares sin término... La soledad, la vida higiénica y reglamentada; el orden y precisión que rigen a los militares, adiestraba mis energías y daban cauce a todas las fervientes ansias de mi juventud.

De entonces aprendí el amor a la Naturaleza, la exquisita poesía que encierra su contemplación y el asombro, que es el estupor admirativo, que nos producen sus bellezas... No hay obra de arte superior a ella ni fantasía de hombre capaz de soñar los prodigios que atesora en la realidad...

En la bahía de Río Janeiro o en Java, la isla fabulosa de las flores más bellas del mundo, la Naturaleza es la gran creadora de arte. Escultora y pintora de sí misma, forja en tierra, en cielo y en agua sus maravillas.

El mar, sobre todo, tiene para quien sabe comprenderlo una infinita gama de emociones distintas, de matices sutiles y diferentes.

El viajero que hace por necesidad o por recreo una travesía, no comprende esta heterogénea belleza... Para él la sucesión de días y semanas sin otro horizonte que la curva del cielo juntándose con la esmeralda eternamente movible del mar, es un espectáculo que pierde su belleza en fuerza de ser monótono... Para nosotros, el agua, que siempre a los ojos vulgares parece ser la misma, tiene cambiantes y caracteres distintos de continuo.. Unas veces, a bordo, cuando el navío se desliza blandamente y hay un dulce sopor voluptuoso en las noches interminables, llenas de luna y de misterios, el mar es como una mujer amante que nos acoge cariciosa, abriendo su seno con infinita delicia para que la viole el ímpetu avanzador del buque... Luego, en las horas trágicas de la tempestad, es la hembra desmelenada y bravía, que ruge sus celos, sus quereres, y llora y brama y exalta y nos intenta arrastrar a los abismos de la muerte...

Se templó mi alma para todos los riesgos en esa vida marítima, que unas veces es lucha y otras placer, pero que siempre es inquietud y movimiento, imagen fiel de la vida sobre la que vamos y sin cesar nos arrastra y lleva.

Luego, después de la abstinencia y el régimen tónico de a bordo, venían, en los días de desembarco, los desenfrenos de todos los ímpetus contenidos, el desbravamiento de los deseos que, como potros salvajes, se desbocaban a la vista de los puertos acogedores.

Nadie como un marino saborea esa exquisita delicia del amor, cuyo principal encanto consiste en la variedad... El azar de los viajes nos pone en contacto con las más diversas civilizaciones y, por ello, con su flor más preciada, que son las mujeres.

Así como nuestro estómago se acopla a los variados alimentos y a las raras frutas de los más diversos climas, nuestra sensualidad llega a convertirse en una rosa de los vientos, que gira a todas las corrientes...

Durante mi vida de marino — no hay que olvidar que ella coincidió con la plétora de mi juventud y el despertar poderoso de todas mis energías varoniles — pasaron por mis brazos las mujeres más distintas.

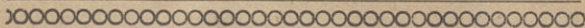
Yo conocí el ajetreo canalla de los cabarets de Marsella y de Tánger, entre marinos ebrios, que hablaban todas las lenguas, y mujeres de ojos de fiebre



y ancas magníficas, que a la llegada de los barcos rondaban por los muelles como lobas hambrientas, esperando su presa de carne y de oro. Visité los misterios de las casas de te de Sebastopol y de China, y penetré en los camarines con cortinas de estera para besar los labios finos y pintados de una "musmé" de cuerpo frágil como el de una niña y ojos agudos y rasgados como almendras... Pagué a peso de oro magníficas asirias de piel nacárea y napolitanas ágiles de tez morena y ardiente, y tuve alguna vez el raro capricho de retener junto a mí, durante una noche encendida de los trópicos, una opulenta estatua de ébano humano, con su pelo ensortijado y grasiento y sus dientes, que de tan blancos producen frío...



PENAGOI  
XXIII



### III

Hizo una pausa lord Hamilton para encender un cigarrillo de tabaco pajizo y beber un nuevo sorbo de "whisky".

Yo le escuchaba subyugado por su gentil arte de narrador y por el tono de su voz, que tenía un interés confidencial, y él, satisfecho, como siempre que alguien habla de sí propio, de ser oído con atención, prosiguió al cabo de un minuto:

—Una noche había yo desembarcado en una importante capital de la América latina, y, como siempre, deseoso de "ese algo" inesperado que nos mueve a ir solos en la juventud, tomaba un refresco de fruta en un bar alejado del puerto... Desconocía yo aquella capital y me había refugiado en el bar un poco democrático, lleno de marinos, de negros ves-

tidos de blanco y de mujeronas tripudas con blusas chillonas, que sorbían ansiosamente sus helados...

Mi porte extranjero y mi uniforme de marino atrajeron la curiosidad de un muchacho que por allí andaba con un aire inequívoco de intérprete o de cicerone...

Por distraer el aburrimiento, que empezaba a invadirme, acepté su conversación. Declaróme al punto su calidad de guía mercenario, brindándose a acompañarme adonde yo quisiera; él me dijo conocer las casas más discretas y suntuosas que en La Habana se dedicaban al tráfico del placer; las mujeres más hermosas y nada esquivas que tenían gran agrado en recibir por aquella noche a un extranjero...

Ante mi gesto de rechazo—no sé por qué aquella noche la temperatura abrasadora tenía amortiguada mi sensualidad—, el guía, creyéndome un anormal extraviado, no paró mientes en brindárseme también para llevarme a sitios donde el amor equívoco recibía culto.

Y con un cinismo, que en él era natural, me proponía:

—Sé también, señor, dónde encontrará gente de color, gigantes y buenos mozos amigos... También sé

de una casa donde hay unos chinitos, casi unos niños...

Sin indignarme rechacé la oferta, y ya el guía se levantaba para marcharse, considerándose fracasado, cuando me interrogó:

—¿Desearía acaso el señor fumar una pipa?...

Confieso que, repentina, fulminante, la oferta espoleó en mí al demonio de la curiosidad, siempre propenso a investigar lo desconocido... Yo muchas veces había oído hablar de los fumaderos donde el opio y el hachís crean sus paraísos de artificio... Pero hasta entonces, satisfechas siempre mis ansias de aventura en los placeres vibrantes del amor, había rechazado la idea de tentar las equívocas delicias de los venenos soñadores... Créalo un recurso de agotados, una degeneración de la sensibilidad, propia para pervertidos... Y yo sabía beber de la vida a tan grandes y sanas buchadas, que mi juventud despreciaba, por innecesarios, todos los morbosos acicates...

Pero aquella noche, el ofrecimiento del guía despertó en mí el deseo de lo desconocido... Otras veces que pensé en conocer aquello no pude hacerlo, porque en puertos ingleses o norteamericanos la rigurosa vigilancia de la Policía hace difícil el tráfico de

los establecimientos dedicados a las diabólicas emanaciones de los venenos orientales...

Siempre en mí, temperamento sanguíneo e impulsivo, la acción ha seguido al deseo... Mi mano se tiende instintiva como una garra para apresar aquello de que mis ojos se enamoran...

Seguí al guía a través de callejas desconocidas, de un barrio que él me dijo—no sé si con verdad—estar habitado exclusivamente por chinos.

A uno y a otro lado había bares de aspecto equívoco, donde sonaban músicas, y meretricios, cuyos interiores miserables se veían a través de las persianas de paja pintarrajeada... A la puerta de una taberna, unos negros, borrachos, hacían a otro bailar "la conga"... Y el baile brutal e inacabable, con sus contorsiones y retorcimientos epilépticos, despertaba en ellos una salvaje alegría primitiva, que se exteriorizaba con jaleos y gritos feroces...

El hábito de vivir los más extraños ambientes me llevaba sin recelo tras mi guía... Por encima de toda prudente reflexión estaba el espoleo de mi curiosidad, que me arrastraba a la aventura...

Llegamos a una taberna sórdida, alumbrada con unos mecheros de gas y situada en una calleja silenciosa y sumida en sombras...



PENABO.  
XXIII

Cuando entramos, dos negros, que tomaban su "mate" ante el mostrador, nos sonrieron silenciosos y se marcharon en seguida cautelosamente...

El dueño de la tienda—un viejo de tez amarilla, ojos oblicuos y boca arrugada, todo él pequeño y feo como un icono hecho de cera lívida—salió al encuentro de mi guía y le interrogó en español:

—¿Qué cosa tú quieres, mi hijo?

Hablaron en voz baja breves momentos, y vi que el chino, tras inspeccionarme receloso con sus ojos claros y lagrimantes, que semejaban dos ojales en su rostro redondo y marchito, hacía señales de aceptación.

—¡Vení, señor!...

—Yo le espero aquí, tomando algo—me dijo el guía—. Si no, luego no sabrá ir...

Seguí al viejo, que, con su holgada chaqueta blanca ribeteada de azul, parecía aún más pequeño y corcovado...

Cruzamos la trastienda, lóbrega y sucia, a cuyo fondo, oculta por un gran barril vacío, había una pequeña puerta...

Quitó ágilmente el chino la cuba, hizo girar la puerta y me invitó, mostrándomela con su dedo descarnado:



—¡Pasá, señó!

Confieso que tuve un momento de vacilación. Pero me pareció ver en los ojos del cimio una mirada de burla y desafío, y mi vanidad de que aquel viejuco no me creyera cobarde, hicieron decidirme...

Pasé la puerta y di en un corredor estrecho, alumbrado por una lámpara de petróleo cubierta con un farol japonés...

Se adelantó el dueño del antro, y con los nudillos golpeó cauteloso una mampara, situada al final del carrojo.

Abrióse aquélla sin rechinar, y en el umbral apareció una mujeruca huesuda y seca como una espátula, con el pelo gris y acaracolado de las mulatas, con los labios gruesos, grasientos y rojos como llagas...

Habló con ella en voz baja el chino, y a una seña suya crucé el hueco.

—¿Mi amo queré una pipa?—me preguntó, apenas hubo desaparecido el viejo, la mulata.

Hice un gesto de asentimiento.

—Pues sentá, mi amo, que ahora vengo...

Aproveché su ausencia para inspeccionar la habitación.

Era baja de techo y rectangular, semejante a un camarote. Las paredes, que adiviné de madera o de caña, estaban recubiertas de telas chinas de vivos colores, que dibujaban raras flores y pájaros de vistosos plumajes. Un farol de seda, pintado en negro y amarillo, daba a la estancia una media luz adormecedora...

Por único asiento había en un ángulo, contra el muro, una colchoneta llena de cojines de hechuras diversas...

En la misma pared había una puerta, que debía comunicar con otra habitación, pero que me pareció condenada.

Mis hábitos de pulcritud se rebelaron al sentarme entre los cojines, pues, a pesar de la escasa luz, se me aparecieron desgastados y mugrientos como por el roce de muchos cuerpos...

Pero antes de concretar la repulsa tornó a surgir la vieja, portando una larga pipa, en la que ardía la bolita humosa del opio tentador y venenoso...

Me la entregó. Mulló a mi alrededor los cojines; colocóme unos cuantos para que sirviéranme de cacerera, y me aconsejó:

—Desabróchate la camisa, mi hijo... Para fumar hay que estar suelto y cómodo...

La avidez de mi curiosidad impulsóme a llevarme la pipa a los labios...

Desapareció de nuevo la vieja, me recosté, venciendo todo escrúpulo, en la colchoneta, y empecé a fumar...

No sé qué tiempo llevaría aspirando el tóxico... Sólo recuerdo que a una sensación de malestar sucedió un lapso de tregua, en que fumé ávidamente, con los ojos abiertos, esperando en vano el sueño compensador y maravilloso que me habían prometido...

De repente, mi estómago pareció rebelarse; sentí agudos dolores seguidos de náuseas espantosas, retorcimientos de entrañas... Un sudor copioso me inundó las sienes y la vista se me enturbiaba por momentos... Quise entonces alzarme, para remediar mi mal, y, contra el mandato de mi voluntad, mis músculos permanecieron inertes; una gran languidez, un desmayo de infinito cansancio se iba apoderando de mí...

—Es el sueño—pensé. Y vi que iban desvaneciéndose ante mí los reflejos amarillos del farol japonés, que parecía alejarse, irse poco a poco debilitando...

Un nuevo dolor, una punzada más ardiente en mis entrañas, me hizo despertar.



PENAGOL  
XXIII

Quise incorporarme de nuevo... Un inaudito esfuerzo de mi voluntad iba a lograrlo, cuando la puerta frontera a mí se abrió violentamente y en el umbral, uno tras otro, aparecieron tres hombres. Uno de ellos, negro y corpulento, portaba en la mano diestra un gran saco... Los otros dos eran chinos jóvenes, pero entecos y pequeños... Los tres vestían ropas hechas jirones...

Al verme casi incorporado en mi asiento, el negro hizo un involuntario gesto de retroceso y gritó, dirigiéndose a alguien que quedaba en el pasillo:

—¡Pancha! ¡Está despierto!

Y oí la voz asombrada de la vieja mulata, que contestaba:

—¿Despierto? ¡Es de hierro ese blanco! ¡Pero anda, hijo, con él, que poco podrá!

Estimulado por el consejo, el negro avanzó hacia mí, seguido de los chinos...

Le vi preparar entre sus dos manos el saco como para echármelo por la cabeza.

El instinto, más fuerte que el dolor y que el tóxico, me devolvió milagrosamente las fuerzas... Me erguí en la colchoneta, y en el momento en que el hércules de ébano llegaba hasta mí, le asesté un golpe de "boxe", certero y rápido, en una mandíbula...



Dió un grito, un aullido de dolor, y saltó hacia atrás. Los chinos quedaron un instante indecisos...

Yo intenté lanzarme a la puerta...

En este momento volvió a gritar la voz maldita de la vieja:

—¡Mátale, mi hijo! Si se escapa, nos perdemos...

Como una fiera, con un felino salto, abalanzóse a mí el negro, blandiendo un cuchillo, mientras uno de los chinos, agilísimo, se tiraba al suelo, y como un reptil intentaba enroscarse a mis piernas... No llevaba yo armas y me consideré perdido...

Di un feroz puntapié en el rostro al chino y alcé el brazo para detener al gigante... Pero ya él descargaba sobre mi pecho con un terrible golpe su cuchillo... Sentí crujir mi carne, herida por el arma, y de un salto caí en la colchoneta, casi de rodillas, dispuesto a pelear hasta lo último...

Dudaron un momento los asesinos. Pero, en seguida, otra vez vibró la voz de la vieja:

—¡Acabá! ¡Acabá!

Nuevamente vinieron los tres hacia mí... Cerré involuntario los ojos...

Un ruido seco me hizo abrir. La puerta que estaba a mi derecha, a los pies de la colchoneta, aca-

baba de abrirse como forzada por un puntapié... Y en la estancia irrumpió un hombre empuñando una pistola y diciendo con voz de estridor metálico:

—¡Quieto todo el mundo!

Le contemplé asombrado.

El aparecido era de regular estatura, de apariencia débil y aspecto miserable. Un mechón de sus cabellos enmarañados le caía lacio sobre la frente cetrina y arrugada; tenía las mejillas terrosas y flácidas de los viciosos, la boca fina y cruel sumida en un rictus de amargura y hastío, y en sus ojos verdes había una luz turbia de insomnio y agotamiento.

Sus párpados, hinchados y enrojecidos, acusaban que acababa de despertar de un profundo sueño...

La pistola temblaba un poco en su mano de epiléptico...

—¡Quieto todo el mundo!—volvió a gritar.

Mis asesinos se precipitaron hacia el pasillo...

Pero en esto apareció el dueño del antro, el chino viejo y repugnante como un simio, que gritaba a la vieja:

—¡Maldita! ¡No te acordá que estaba ahí ese otro!

Ajeno a la irrupción, el aparecido me dijo:





PENAGOL  
XXIII

—¿Puede usted correr?

—No sé—balbucí—. Estoy herido...

—¡Bueno; venga, de prisa!—me ordenó.

Le obedecí como un autómeta; me tomó del brazo y, sin dejar de apuntar con el arma a mis agresores, me arrastró al cuarto inmediato, idéntico al mío...

Cerró tras sí la puerta y apoyó las espaldas en ella.

—¡Pronto!—me impuso—. Bajo esa cortina hay una ventana... Salte por ella como pueda al jardinillo, que tiene una empalizada a la calle... Luego eche a correr hasta llegar a la tercera esquina... ¡Coja por la derecha, sin parar, si quiere salvarse!

¡Qué crueles nos hace el egoísmo! ¡En aquel instante, bebiendo con los ojos más que oyendo sus palabras, ni siquiera pensé en si mi salvador me acompañaría!

Oí gritos detrás de la puerta:

—¡Que se escapan! ¡Que se escapan!

Y el dueño, que chillaba:

—¡Vieja, trae mi pistola! Y tú, Pancho, ¡al jardín!

Conteniéndome con la mano, como una compresa,

la sangre de mi pecho, abrí febrilmente la ventana y me lancé por ella. La oscuridad hacía imposible medir su altura. Caí en tierra desde unos dos metros, sin hacerme nuevo daño; me levanté y corrí hacia el frente... Tropecé con una empalizada; la escalé y salté a la calle... No lejos brillaba, orientándome, la luz de un mechero de gas...

Corrí ciego, frenético, hacia él, en el momento que tras mí sonaba un disparo... Dos segundos después estalló otra detonación...

Aun tuve fuerzas para embocar por la tercera esquina a la derecha y correr, correr ciegamente...

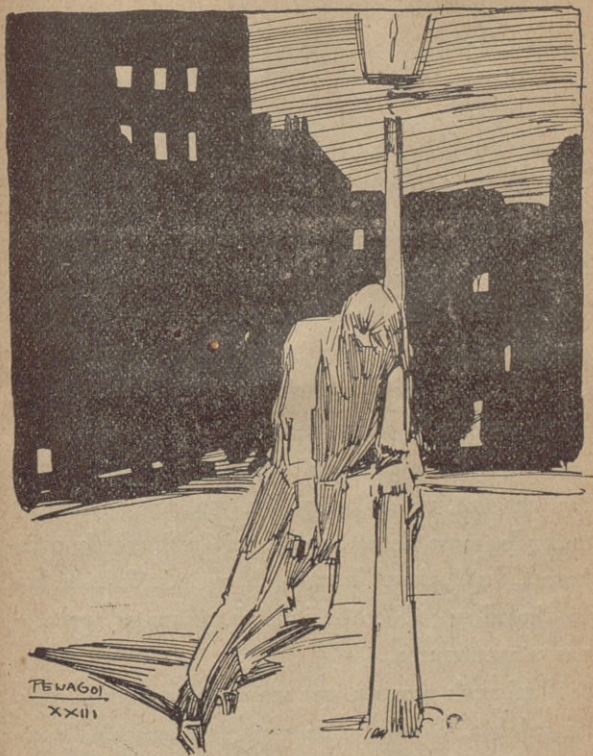
Vi luces, vi gente, se me nublaron las pupilas y me sentí caer, como si rodara a un abismo...

.....  
.....

No supe nada de mí hasta cinco días después, que me vi en mi lecho de a bordo.

Me habían recogido en una calle del centro de la capital, adonde llegué corriendo, enloquecido, con una gravísima herida en el pecho.

Mi naturaleza venció pronto, y un mes después gozaba de nuevo la gloria verde del mar...



PELAGOJ  
XXIII

---

---

#### IV

No pude contenerme e interrumpí ansioso:

—¿Y no supo usted nada de su salvador?

Lord Hamilton sonrió como si esperara mi pregunta. Añadió soda a su "whisky", y respondió:

—Tenga un poco de paciencia, que, aunque breve ya, la historia se prolonga todavía.

Pasaron varios años, no recuerdo cuántos. Una noche, en Niza, en el Casino Municipal, me hallaba yo tomando, como de costumbre, mi "whisky" de estas horas... La "saison" invernal había atraído a la bella ciudad su público habitual de magnates, cortesanas y aventureros...

Al mirar de pronto a una mesa contigua sentí, como un calofrío, el choque de una gran emoción. Frente a mí, bebiendo pausadamente un "cok-tail", estaba un caballero vestido correctísimamente de frac,

con unas magníficas perlas en la tersa pechera y un soberbio brillante en el dedo meñique de la mano izquierda.

Su rostro era pálido y marchito como el de todos los que han gozado mucho; su boca, fina y cruel, tenía un rictus de amargura y cansancio... Sus ojos verdes tenían una luz turbia. Un mechón gris le caía sobre la frente cetrina. Sus párpados aparecían abotargados, como si el alcohol los inflamara.

—¿Era él?—interrumpí.

—Eso pensé yo—siguió lord Hamilton—. Puede usted figurarse mi estupor, mi sorpresa y mi alegría al volver a encontrar al hombre a quien debía la vida. No quise demorar la ocasión de mostrarle mi gratitud... Me levanté y llegué hasta su mesa.

—Caballero, perdone la molestia—le dije—. Soy lord Henry Halmiton, capitán de la Marina inglesa. ¿No recuerda usted que nos hayamos visto antes de ahora?

Me miró fijamente con sus ojos turbios, que no expresaron nada, y respondió:

—Que yo recuerde, caballero, es la primera vez que tengo el honor de verle.

Me quedé estupefacto. Su corrección y su serenidad no eran fingidas.

—Entonces—insistí—, ¿me permite usted que, para ayudar a su memoria, hablemos unos minutos? Tengo en ello un interés decisivo...

Aceptó con exquisita cortesía de gran señor.

Me senté frente a él, y rápidamente, a grandes rasgos, con la emoción de la verdad, le conté mi aventura. Ni un momento, durante el relato, dió muestras sino de una cortés atención... Y cuando lo terminé, me dijo tan sólo:

—¿Y bien, caballero?

—Pues el héroe de esa aventura singular soy yo, y mi generoso salvador de aquel día es usted, ¿verdad?

Fríamente, cortésmente, me respondió:

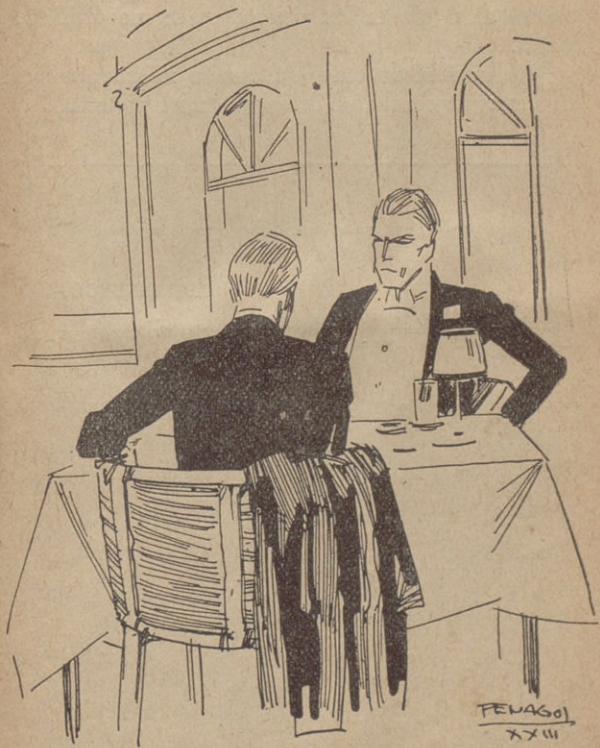
—Siento mucho no complacer a usted, pero yo no soy su salvador. Jamás he estado en ese puerto, ni mucho menos en ningún fumadero de opio del mundo.

—¡Pues lo hubiera asegurado por mi palabra de honor!—barboté sin poder contenerme

—¡Pues hubiera yo sentido que la arriesgara usted en balde, caballero!—me replicó seco.

Al despedirnos, le entregué mi tarjeta y él me dió la suya.

Salí del Casino confuso, aturdido. A pesar de su



FENAGO  
XXIII

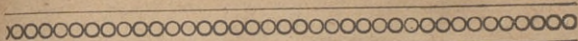


negativa, yo estaba convencido de que aquel hombre era mi salvador; sus ojos turbios, su piel cetrina, su concentrada palidez de vicioso, no se me olvidarían jamás...

Pero miré su tarjeta y quedé aún más confundido. La cartulina rezaba en letras de color violeta:

PRINCIPE IVAN MESTROWICH

PETERSBURGO.



## V

—¿Y, sin embargo, era él?—inquirí anhelante de mi amigo.

Otra vez el "gentleman", impasible, sonrió al interés de mi curiosidad.

Encendimos unos cigarrillos, y tras la primera fumada continuó lord Hamilton:

—Pasaron de nuevo unos años, los bastantes para transformar el curso de una vida... Sentí yo nostalgias de hogar y de reposo y dejé la Marina. Hice como nunca vida de hombre de tierra... Emprendí negocios por el deporte de arriesgar mi fortuna, sondeé el abismo verde del juego, hice política, fui el "amateur" de todo lo que usted conoce... Un día, en París, la lectura de los telegramas de un periódico produjo en mí emoción extraordinaria. Con grandes titulares anunciaban un suceso que tuvo repercusión

en la Prensa mundial. En el Havre, al desembarcar de un "paquebot" inglés, había sido detenido un célebre aventurero americano, que durante varios años fuera la pesadilla de la Policía de los dos continentes. El detenido era un malhechor contumaz, autor de varios delitos de sangre y de un sinnúmero de estafas de gran importancia. Lo que daba a su figura interés mundano era que el aventurero, con nombres supuestos y en diferentes épocas, se había relacionado con lo más selecto de la sociedad de Occidente. En los balnearios de más fama y en las reuniones aristocráticas de las más populosas urbes había frecuentado el trato de la "élite" social... Ultimamente, con el título de príncipe Ivan Mestrowich, había llegado a relacionarse con las cortes europeas...

Una denuncia le había descubierto y puesto de relieve sus antecedentes... Aparte sus numerosas fechorías de caballero de industria, el aventurero estaba reclamado desde hacía muchos años por las autoridades americanas, como jefe de una banda de malhechores especializada en horrendos crímenes...

Imagine usted la sorpresa que la noticia me causó.

Al día siguiente, los retratos que insertaban los periódicos acabaron de aclarar mis dudas.

Publicaba al par una revista la fotografía del aventurero vestido de etiqueta, podría decirse que en su "traje de príncipe", y otra, que obraba en poder de la Policía desde la época en que en América latina realizaba sus crímenes en los más bajos fondos sociales.

Este último grabado fué la prueba evidente que me faltaba. En él mi salvador aparecía con el traje y la expresión misma de hampón enclenque y tenebroso que yo le conocí en el maldito fumadero...

A solas con mi conciencia ventilé el caso. Y con la decisión que siempre ha caracterizado mi vida, resolví prontamente. Aunque la sociedad entera lo repudiara, yo debía ponerme de parte de aquel hombre. Tenía contraída con él una deuda de gratitud, que estaba obligado a pagar. Ante mi espíritu, aquel hombre no era un asesino ni un ladrón, sino el héroe generoso a quien debía mi vida.

Me trasladé al Havre, en cuya prisión se encontraba el aventurero, en espera de que, resuelto el expediente de extradición, le embarcaran para América, cuyos Tribunales tenían derecho de prelación para juzgarle. Sobre su suerte no cabía duda, pues la Justicia le había condenado a muerte en rebeldía hacía ya quince años...

Apenas en el Havre, le escribí, pues prohibían el verle. Relaté de nuevo, en la carta, la aventura; le recordé nuestra conversación, y me ofrecí a él enteramente, dispuesto a hacer con mi fortuna y con mi gran influencia cuanto pudiera en su favor...

—¿Y qué le contestó?

—No obtuve respuesta alguna. Gracias a mis numerosas relaciones pude estar al tanto de cuanto ocurría en la prisión. El criminal había cogido mi carta, la había leído sin inmutarse y roto en cien pedazos con desdeñosa indiferencia.

Torné a escribirle, y con idéntico resultado una vez y otra... Ya fué en mí empeño de amor propio averiguar el secreto de aquel hombre extraño, y al cabo, como sabía que, según dice vuestro Don Juan, "con oro nada hay que falle", me propuse hablar a solas con el preso.

Lo logré y una tarde entré en la cárcel...

No puedo negar que, a pesar del continuo dominio que sobre mí ejerzo, me embargaba aquel día una gran emoción...

Llegué ante la reja del locutorio en que aguardaba, esposado y erguido. ¡Era él, sí! Por si no me lo

atestiguaban todas las referencias, allí estaba ante mí como un espectro del pasado... Su traje de la prisión deteriorado, la palidez de su rostro acentuada por el encierro, el livor de sus ojeras, la turbia mirada de sus pupilas, su apariencia enfermiza, ponía ante mí de nuevo al hombre que penetró en el fumadero para salvarme la vida.

Nuestra conversación la empecé yo. Demostréle que era inútil que negara de nuevo el conocerme, y, como en mis cartas, me ofrecí a él completamente. Arrastrado por mi emoción y seguro de que el carcelero, agradecido, se alejaba lo bastante para no oírme, le mostré mis influencias, mi poder económico... En último término, si no era posible torcer las leyes, me brindé para ser su cómplice en burlarlas.

Mi dinero le prepararía la fuga, cosa no difícil para hombre como él, en una travesía... Permanecía impasible, y únicamente ante la visión de la libertad que le brindaba, pareció pasar un relámpago por sus ojos turbios. Pero en seguida, fríamente, me increpó desdeñoso:

—¿Por qué me fastidia usted? ¡Yo no quiero que me salve!



ENAG001  
XXII

—Pero ¿por qué esa obstinación? ¿Por qué se niega?—le interrogué trémulo de extrañeza.

Dudó un momento; pero al cabo, como resolviéndose, con su voz fría y metálica me dijo:

—Sépallo ya de una vez y déjeme luego en paz. No niego nada de lo que usted y los demás dicen de mí. Es cierto todo. Soy un criminal: he robado, he asesinado, he cometido estafas. Desde siempre he sentido una inclinación irresistible al mal; lo he hecho por necesidad, por odio y hasta por capricho... Es verdad lo que usted dice; yo, aquella noche, estaba en el fumadero. Le sentí entrar, lo escuché todo... Muchas veces he visto cosas parecidas y no intervine jamás... He visto hombres y mujeres gritar de horror, implorar perdón, quejarse al morir, y no me molesté en socorrerlos... Aquella noche, ¡qué sé yo! Quizá sin yo pensarlo me ganó el verlo valiente en el trance en que todos son cobardes... Le sentí luchar solo, indefenso, y salí a librarlo... Es verdad.

—Bien. Entonces—le interrogué anhelante—¿por qué no deja que le salve, que le pague mi deuda?

—Por eso precisamente: para no quedar en paz...



Quiero dejar algo bueno de mí... En mi vida no hay sino horas negras, horas malas de horror, de vicio y de crimen... Horas llenas de malas acciones, de odio y de delito... ¡Aquella fué mi única hora buena de hombre! ¡Déjemela para mí! ¡Si me salva me habrá devuelto el bien, el único bien que he hecho en mi vida!... No quiero que sea así... Deje que, ya que me maten, en ese momento tenga el consuelo de pensar que, entre todo el mal y el egoísmo y el dolor de mi vida, hay “una hora buena”, una hora en que fuí igual a otros hombres, porque supe sentir como ellos la generosidad y el deseo desinteresado de hacer bien...

Hizo una pausa lord Hamilton y terminó:

—Diez días después lo embarcaron, y dos meses más tarde fué electrocutado. ¿Qué le parece a usted la aventura?

Yo respondí sonriendo a mi amigo:

—Que el criminal tenía razón. Como yo le decía, refiriéndome al juego, al principio de nuestra charla, está la vida tan llena de horas malas, que lo mejor que hacemos cuando alguien tiene una hora buena, es pensar que, por si acaso fuera la única, debemos dejársela vivir en paz íntegramente... Que

cada uno tenga su hora buena para el amor, o para el dolor, o para el crimen, o para la virtud, ¿qué más da? Lo importante es vivirla, porque esa hora única bastará a veces para perfumar o para justificar o para redimir toda una vida.

*El caballero ciego*

En nuestro número próximo publicaremos

## Misterio de amor y de dolor

por

VICENTE DIEZ DE TEJADA

Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS

**Librería RENACIMIENTO**  
**Preciados, 46. — MADRID**

**OBRAS COMPLETAS DE**  
**“EL CABALLERO AUDAZ“**

La virgen desnuda.

Desamor.

De pecado en pecado.

El pozo de las pasiones.

La bien pagada.

En carne viva.

Emocionario.

La sin ventura.

Divino pecado.

Lo que sé por mí (10 vo-  
lúmenes).

Con el pie en el corazón.

Hombre de amor.

Un hombre extraño.

Horas cortesananas.

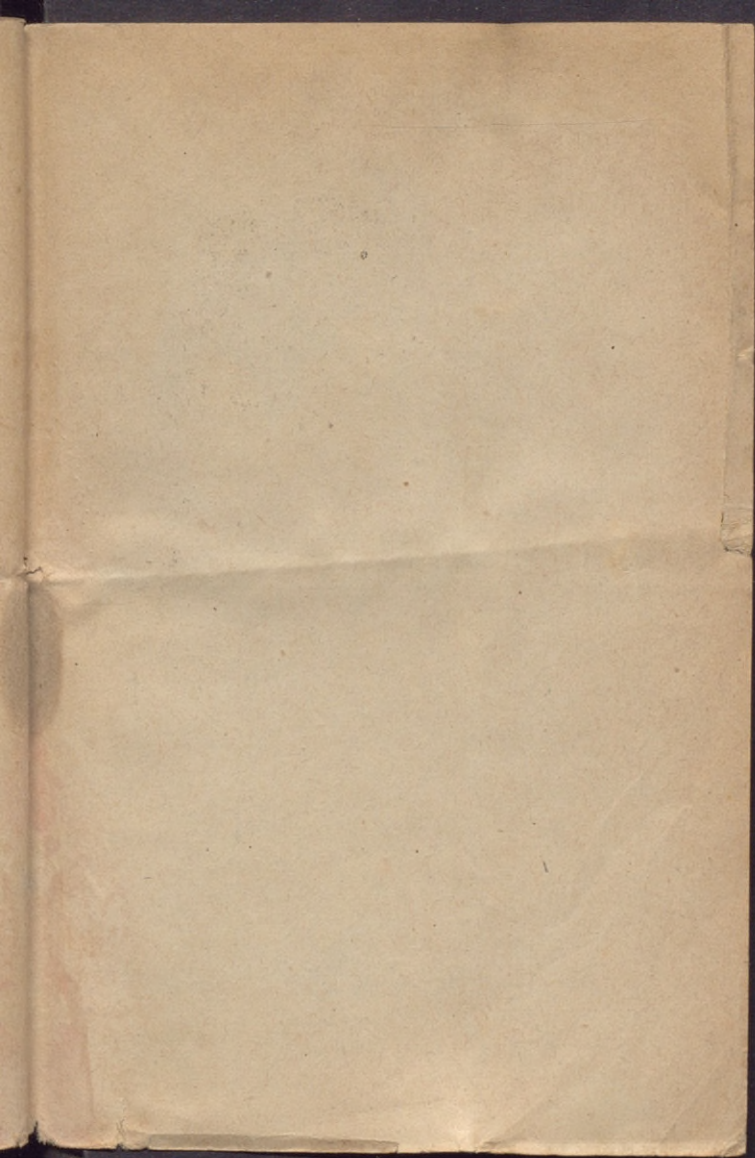
Una cualquiera.

El jefe político.

A besos y a muerte.

Los desterrados. (3 ptas.)

**Cinco pesetas cada volumen.**



LA NOVELA D HOY



*Sirio*  
El Caballero Audaz  
por Sirio